Lejos de Orwell, a un paso de Un mundo feliz

Las imágenes prospectivas del futuro capitalismo en algunas novelas distópicas y (post)apocalípticas de la literatura contemporánea española

JIŘÍ CHALUPA
(Ostrava)

FAR FROM ORWELL, A STEP AWAY FROM BRAVE NEW WORLD
VISIONS OF THE FUTURE OF CAPITALISM IN SOME DYSTOPIAN AND (POST)APOCALYPTIC NOVELS OF CONTEMPORARY SPANISH LITERATURE

Based on an analytical reading of several examples of contemporary Spanish dystopian and (post)apocalyptic novels, this article first explores some of the reasons behind the extraordinary popularity of dystopian and (post)apocalyptic poetics that strongly shape contemporary culture and thought. One important factor appears to be the widespread sense of fear and anxiety present in today's Western societies, which have become so fragmented and atomised that many individuals feel disoriented, powerless and insecure. Another source of this growing "dystopophilia" is the perceived absence of viable alternatives to the dominant model of late capitalism – a highly homogenising economic system increasingly characterised by the growing power of large multinational corporations. These

corporations appear capable of shaping the future by marginalising democratic and liberal institutions, as well as the nation state and contemporary civil society. The literary dystopias analysed in the article provide a sophisticated and artistically effective way of expressing concerns about the possible evolution of late capitalism towards undesirable and potentially catastrophic scenarios. Following an analysis of selected works, often combining dystopian and (post)apocalyptic elements, the article focuses on two striking features of these pessimistic visions of the future: the rise of powerful multinational corporations capable of turning the world into their virtually unlimited domain, and the commodification and entrepreneurialisation of human relationships, which may profoundly weaken fundamental human bonds such as friendship and love.

KEYWORDS: late capitalism; liquid society; dystopia; anti-utopia; (post)apocalyptic novel; contemporary Spanish novel.

PALABRAS CLAVE: capitalismo tardío; sociedad líquida; distopía; antiutopía; novela (post)apocalíptica; novela española contemporánea.

Los pueblos que olvidan su futuro están condenados a sufrirlo.
Eduardo Vaquerizo

1. SUMERGIDOS EN DISTOPÍAS (Y MIEDO)

Las palabras «distopía» y «distópico» figuran hoy en día, sin duda, entre los términos más utilizados por los intelectuales que reflexionan sobre el futuro de la humanidad. Francisco Martorell Campos insiste en que «El término "distopía" no designa solamente una forma literaria. Sus premisas, metodologías y actitudes elementales son visibles en el pensamiento social contemporáneo y otras muchas expresiones culturales» (MARTORELL CAMPOS, 2020: 11). En los últimos tiempos, observamos que una novela reseñada con la etiqueta de «distópica» o «(post)apocalíptica» suele ir acompañada de mayores ventas, lo que incita a algunas editoriales a

aplicarla alegremente en obras que poco o nada tienen que ver con dicha temática. Marina Garcés lo achaca a la «fascinación por el apocalipsis» (GARCÉS, 2018: 15). ¿A qué se debe tanta «distopofilia»?

Rosa María Díez Cobo afirma que la extrema popularidad del género distópico estriba en «la ligazón que el texto distópico establece con la inmediatez social y cultural que experimentan sus lectores y el advenimiento de plausibles consecuencias relacionadas con dicha inmediatez» (DÍEZ COBO, 2019: 159-160). En otras palabras: como humanidad podríamos acabar muy mal y las distopías nos lo recuerdan. ¿Y por qué podríamos acabar mal? O, formulado de modo más posmoderno: ¿por qué creemos que podríamos acabar mal? Una posible explicación nos la ofrecen los filósofos y sociólogos que apuntan a la reciente fase del capitalismo, el llamado «capitalismo tardío»[1] como un período histórico de alto riesgo. Se barajan numerosas etiquetas: se menciona un «capitalismo hiperconcentrado» (PIKETTY, 2014), caracterizado por una acumulación muy intensa de riqueza y poder económico en manos de una minoría y por el aumento de las desigualdades; un «capitalismo de ficción» (VERDÚ, 2003), en el que el consumo y la economía se basan cada vez más en imágenes, experiencias y narrativas simbólicas; «capitalismo de vigilancia» (ZUBOFF, 2020), un nuevo modelo económico basado en la recopilación masiva de datos personales de los usuarios de internet y su utilización con fines comerciales, etc. Los pensadores verdaderamente pesimistas llegan todavía más lejos y escriben, p. ej., sobre el llamado «tecnofeudalismo» (VAROUFAKIS, 2023) en el que las megaempresas como Amazon o Meta hacen retroceder a la sociedad humana a una fase históricamente anterior al capitalismo, construyendo enormes «feudos» virtuales (plataformas) que generan tanto poder y tanta riqueza que van convirtiendo a los líderes de dichas entidades en unos nuevos monarcas absolutistas.

Los sociólogos no se quedan a la zaga a la hora de advertir de los riesgos de la evolución del capitalismo que a partir de los años ochenta iba a abandonar cada vez más los principios de un consenso social salido del infierno de la Segunda Guerra Mundial para lanzarse

[1] Concepto y término que popularizaron sobre todo dos autores, el teórico marxista Fredric Jameson y el economista Ernest Mandel.

por los caminos de la ideología neoliberal. Zygmunt Bauman la caracteriza como tendencia a canjear una «ética del ser por la del tener» (BAUMAN, 2006: 82). Varios pensadores llaman la atención sobre el hecho de que se está perdiendo la noción de la diferencia entre lo importante y lo banal y, por consiguiente, las jerarquías de valores se vuelven caóticas. El ritmo de los cambios tecnológicos, económicos y sociales se acelera y la creciente rapidez asusta, desequilibra y hasta genera ansiedad. Se han conseguido muchas libertades pero, asimismo, se han perdido muchas certezas y seguridades. La inseguridad permanente y la sensación de fracaso individual, tan frecuente en el discurso actual, conducen al miedo existencial.

A veces, da la impresión de que el miedo actual es un tanto distinto al de hace unos ochenta años: menos intenso que, p. ej., el terror del Holocausto, sin embargo, más crónico y más continuo en el tiempo. Aparte de las fuentes de ansiedad ya mencionadas, queremos recurrir también a las ideas expresadas por Václav Janoščík, un original pensador checo, creador de la corriente llamada «realismo distópico», que explica el lúgubre *Zeitgeist* de nuestra época apuntando a la creciente sensación de incertidumbre en la sociedad ante la falta de alternativa. Es decir, el futuro no depara nada bueno, pero, al mismo tiempo, no podremos evitar los contratiempos venideros, puesto que nuestro dilema no tiene solución: vivir en el capitalismo presente nos aboca a una catástrofe; sin embargo, si intentamos abandonar este sistema autodestructivo, se producirá otro tipo de cataclismo, diferente en su forma, pero igual de fatal. Janoščík resume: «[por lo tanto] vivimos en la atmósfera apocalíptica de un mundo distópico» (JANOŠČÍK, 2021: 20). Parece que la imposibilidad de recurrir a una «consolación» utópica, a un sueño sobre un potencial estado mejor de las cosas, mata la esperanza, produce ansiedad y, como consecuencia, genera distopías.

2. ¿AVENTURA O CRÍTICA SOCIAL?

Hoy en día existen decenas, si no centenares de textos académicos dedicados a definir y denominar las obras literarias que

hablan de un futuro poco feliz, lleno de problemas y sufrimiento, cuando no directamente de pesadillas e infiernos. Se escribe sobre distopías, antiutopías, contrautopías, cacotopías, utopías negativas, obras apocalípticas o postapocalípticas, etc. No es objetivo de nuestro texto la búsqueda de una pureza terminológica, así que, si nos viéramos obligados a determinar el género de las obras que hemos leído y analizado, seguramente recurriríamos a la solución que ofrece Fernando Ángel Moreno con su idea de encasillar todos los textos que provocan en el lector la «prospección, replanteamiento de cuestiones socio-culturales» bajo la inteligente etiqueta de «literatura prospectiva» (MORENO, 2010: 121). El término resulta útil si se tiene en cuenta la frecuencia con que lo distópico y lo (post)apocalíptico se mezclan e interpenetran. P. ej., en *Taksim* de Juan Sardá, primero se produce una guerra apocalíptica y el consiguiente genocidio; sobre miles de millones de cadáveres se levanta un nuevo orden corporativo, el cual es objeto de descripción y crítica del autor; un orden que tiene muchos puntos en común con nuestra sociedad actual.

Repasando las tramas de las novelas actuales, Gregory Claeys, uno de los grandes analistas de lo distópico, afirma que para la distopía del siglo XX dos temas han sido absolutamente claves: «el colectivismo despótico asociado al fascismo y al comunismo, y la dominación de la ciencia y la tecnología sobre la humanidad» (CLAEYS, 2017: 271). Desde hace dos o tres décadas parece, sin embargo, que los principales riesgos de unos posibles escenarios distópicos han cambiado profundamente. Opinamos que insistir hoy en advertencias contra posibles derivas orwellianas hacia futuros totalitarios de corte tradicional —basados en Estados hipertrofiados— podría resultar en cierta medida anacrónico. Y eso a pesar de la avalancha de novelas distópicas de este tipo destinadas al público joven, con gran éxito tanto entre los lectores como entre los críticos (*The Hunger Games*, *The Maze Runner* y muchas otras). Nosotros, en cambio, estamos convencidos de que los peligros más claros e inminentes hoy en día no son los que acechan en las páginas grises del mundo totalitario y asfixiante de *1984*. Nos parece bastante evidente que los mayores riesgos actuales se encuentran más bien muy cerca del «mundo feliz» de Aldous Huxley, sin uniformes, pero con uniformidad, sin terror abierto, pero también sin creatividad ni originalidad, sin hambre, pobreza y sufrimiento, pero también sin

amor, sin amistad y sin sentido. Creemos que, si la distopía no quiere convertirse en pura aventura desconectada del estado real del mundo, debería preocuparse en serio sobre todo por el capitalismo en su fase tardía, el riesgo más manifiesto de la actualidad. En ese terreno acechan los principales peligros para la humanidad: un capitalismo que ya no necesita de la democracia ni del liberalismo; corporaciones más poderosas que los propios Estados y sin límites para su expansión; crecientes disparidades sociales y de riqueza entre ricos y pobres que pueden desembocar en una especie de «neofeudalismo»; la lógica del beneficio incondicional y del crecimiento económico sin fin que podrían destruir el planeta como nuestro único hogar posible. Como advierte Vicente Verdú, hay que tener mucho cuidado con un «capitalismo de ficción» que no tiene el objetivo único de fabricar y vender mercancía, sino que se propone nada menos que «producir una nueva realidad» (VERDÚ, 2003: 11). A nuestro modo de ver, estos son riesgos reales y graves, con los que probablemente no podrá la rebelión de un héroe adolescente, por más valiente que fuera. La superpoblación, el cambio climático, un desarrollo frenético e incontrolado de la inteligencia artificial, experimentos genéticos sospechosos, la crisis interna del sistema económico capitalista (junto con sus consecuencias políticas y sociales), etc., son algunos de los elementos «predistópicos» latentes en la sociedad actual. Vamos a ver ahora cómo imagina su desarrollo la literatura distópica contemporánea española.

3. EN EL IMPERIO DE LAS MEGAEMPRESAS

Desde hace décadas, algunos autores ya lo veían venir. Da la impresión de que los escritores de la literatura prospectiva poseen una capacidad extraordinaria para intuir lo que puede deparar el futuro. Sam Lundwall, escritor sueco de ciencia ficción y, al mismo tiempo, teórico del género, escribió hace ya más de cincuenta años: «El futuro pertenece a las empresas multinacionales, y frente a ellas naciones y Hermanos Mayores apenas si pueden destacar. […] Cuando el escritor antiutópico de hoy atisba el futuro probable, ve una sociedad controlada por el consumo, no demasiado ajena a la nuestra, con un insidioso

adoctrinamiento, mucho más eficaz que las botas del Hermano Mayor. Orwell queda totalmente marginado» (LUNDWALL, 1976: 30). Parece que la profecía se está cumpliendo hoy en día. El capitalismo actual está basado en unas empresas de tal magnitud que la sociedad no puede permitirse el lujo de dejarlas caer, ni siquiera en los momentos más álgidos de las grandes crisis. Son entidades de escala colosal que podríamos llamar «megaempresas». Estas descomunales corporaciones, por lo visto, tienden a construir un futuro en el que podrán arreglárselas no solo sin democracia y sin liberalismo, sino también sin la existencia del Estado nacional como tal. Es evidente que este de momento colabora, a veces en el papel no de un socio en pie de igualdad, sino de un puro servidor y lacayo, pero no se puede descartar que con el tiempo desaparezca en su gran parte. Es posible que la presión del neoliberalismo radical sobre los gastos públicos y la tan pregonada idea de un «Estado pequeño» al final acaben por completo con el Estado, antaño visto y temido como un Leviatán hobbesiano.

Una imagen reveladora en este sentido nos la ofrece la novela *Taksim*, de Juan Sardá, cuyo comienzo arranca con una cita del periódico *The Economist* de julio de 2011, donde se anuncia que, mientras el Departamento del Tesoro de EE. UU. dispone a la fecha de 39 400 millones de dólares, mientras que la fortuna de Bill Gates asciende en ese momento a 56 000 millones de dólares y 29 otras compañías privadas superan al Gobierno norteamericano en su nivel de efectivo (SARDÁ, 2012: 7). Es decir, el autor parte de la realidad de su presente y construye a partir de ella un mundo dirigido por megacorporaciones que, tras la Tercera Guerra Mundial, se han repartido el mundo al pleno estilo medieval y en 2080 dominan el planeta hasta tal punto que muchos topónimos tradicionales han sido reemplazados por las marcas comerciales: Barcelona ahora se llama Coca-Cola Light BCN, el Mar Mediterráneo es Mar Red Bull, el continente africano ahora es Hilton-Inn. Las noticias en este nuevo mundo corporativista adoptan este aspecto:

> «Vuelve a encender la televisión, pero le aburren las noticias (Apple ha ganado una guerra comercial a Windows y ha recuperado Nueva Orleans, que después de llamarse brevemente Orleans-Excel ha pasado a llamarse Orleans-Safari en honor a su navegador de Internet; Hilton ha comprado los Alpes a

> Renault y va a construir una campana inmensa que los proteja del cambio climático para que se pueda esquiar todo el año)» (Ibid, 29).

El nuevo orden mundial impuesto por las megacorporaciones se basa en un neoliberalismo extremo que se autodenomina «corporativismo» y no existe en él una política tradicional, ya que todo, incluida la esfera pública, ha sido privatizado por completo. «Así nació una nueva era en la que los ciudadanos se convirtieron en accionistas y su capacidad de decisión dependía de su poder adquisitivo» (Ibid, 12). Se decreta el fin del Estado nacional, se permite una sola religión, el cristianismo, pero incluso este tiene que aceptar unas medidas muy estrictas para controlar la natalidad, ya que una de las causas principales del anterior estallido global de la violencia fue la superpoblación. El inglés se impone como el único idioma para las comunicaciones oficiales. Y los androides van reemplazando a los humanos en casi todas las tareas pesadas. En las regiones controladas ahora por las megaempresas se establecen nuevas fiestas, basadas en la nueva identidad local: en Coca-Cola celebran el Día del refresco, en Apple conmemoran el aniversario de la muerte de Steve Jobs, etc.

A primera vista reina un bienestar general, todos los ciudadanos tienen derecho a cobrar una especie de renta básica universal, no obstante, poco a poco vamos dándonos cuenta de que tras la fachada brillante se esconden las diferencias sociales de siempre. Así es el «hotel-cárcel» para los que han cometido algún crimen contra el régimen corporativo, pero tienen suficiente dinero para evitar un castigo realmente desagradable: «Este sitio está más vigilado y controlado que la Junta de Accionistas de Repsol, pero hay un ambiente muy divertido. […] Aquí la gente viene a pagar algunos pecadillos, pero es una cárcel para millonarios y uno puede pasarlo bien» (Ibid, 53). Y, además, paso tras paso, se está volviendo a los problemas de antes: «La temida lucha de clases rebota […] La mayoría vive muy bien, pero muchos no se conforman, quieren ser muy ricos. […] Y sucede lo contrario, los ricos cada vez son más ricos y la clase media, cada vez más pobre» (Ibid, 151). Con el tiempo, el descontento con el estilo de vida impuesto por la fuerza generará tanta aversión entre algunos grupos de habitantes que reaparecerá la

violencia extrema en forma de una red terrorista llamada los «Guerreros de Marte», que reivindicará, entre otras cosas, el retorno a los Estados de la antigüedad y la restitución del catolicismo. Los terroristas piensan y dicen cosas como: «Yo maldigo a esta sociedad de mierda en la que es más importante comprar que rezar, en la que todo se mide con dinero y las personas son incapaces de comprometerse con nada» (Ibid, 63).

Otro ejemplo de un mundo futuro avasallado por las todopoderosas corporaciones multinacionales lo encontramos en la novela *Nos mienten* (2015), de Eduardo Vaquerizo. Estamos en el Madrid del año 2060, más o menos. Tras varias crisis económicas y políticas han desaparecido los estados nacionales y el planeta ahora es botín de las grandes empresas supranacionales que, dirigidas por varios clanes familiares extremadamente ricos, libran guerras incesantes entre sí. La democracia ha desaparecido, ahora las leyes se dictan desde la Confederación de Empresarios Paneuropeos y sus delegaciones locales. «Los que las diseñaban y aprobaban eran los presidentes y vicepresidentes, elegidos por los accionistas en votación ponderada según el valor en bolsa de las acciones de cada empresa» (VAQUERIZO, 2015b: 72). Todo esto acompañado por un vasto colapso social, cuyo resultado es una polarización inaudita de la sociedad, dividida entre unos superricos, rodeados del ejército de sus sirvientes y guardaespaldas, y las masas de los pobres, ya que la clase media ha desaparecido prácticamente sin dejar rastro. Los indigentes viven una vida tan mísera que en sus suburbios llenos de suciedad y decadencia ya no hay siquiera servicio regular de agua potable y de electricidad. Hay muchos indicios físicos para descubrir el estatuto social y el nivel de vida de las personas: «Nora mira a su madre, sentada en el sofá. Su sonrisa es luminosa, amplia, pero desvela dientes desparejos, amarillentos, huecos infames. Las bocas así, las de los que no pueden pagarse el dentista, abundan en las afueras y son más raras cuanto más cerca del centro» (Ibid, 36). En cambio, los ricos son verdaderamente muy ricos y comen bien: «…su consola le informa de que el kilo de carne de buey de Kobe, al que masajean los músculos con cerveza y crían mejor que a la mayor parte de la población del planeta, cuesta lo mismo que su sueldo de un mes» (Ibid, 45). Las abismales diferencias entre los pobres y los ricos van desequilibrando la sociedad hasta el punto de que los ricos, a pesar de

todo su poder, empiezan a sentir asco hacia sus súbditos que, en muchos sentidos, no son más que hormigas para sus amos: «Hormigas es lo que parecemos desde los pisos altos de los rascacielos. Insectos sin importancia que nacen, viven y mueren lejos. […] Si ven una hormiga retorciéndose porque ha perdido dos o tres patas, lo mismo se apiadan de ella y la rematan de un pisotón, pero no se detienen a considerar lo que hacen en el subsuelo. Somos otra especie, es lo que creo» (Ibid, 47). El problema es que los dueños del mundo corporativo llegan a la conclusión de que en el planeta no hay suficientes recursos para tantos insectos insignificantes: «Ya no hay petróleo para todos. Ni siquiera las energías renovables sirven. La agricultura hace mucho que llegó a su máxima producción. Los recursos son finitos, se agotan, la producción irá cuesta abajo sin remedio» (Ibid, 48). Por ello, los señores del mundo inventarán un plan para rehacer el mundo de manera radical, haciendo desaparecer la mayor parte de la humanidad. Y argumentan que no hay otra alternativa: «Catorce mil millones de seres humanos y crece a cada segundo; cada una de esas personas demanda comida, agua potable, un techo donde vivir; exige educación, coches, consumo. No hay recursos en el planeta para dárselos. […] En cuanto llegue la escasez de verdad, la violencia estallará, se destruirán los núcleos urbanos y con ellos la civilización» (Ibid, 208). Por eso los más sabios de entre las élites han concebido el proyecto Cielo e Infierno, basado en la convicción de que la única manera de salvar la humanidad es barrer a la actual y luego construirla de nuevo, desde cero. Gracias a las maravillas de la genética avanzada, tras la hecatombe provocada por la liberación de un virus letal y la siguiente masacre adicional de los que se muestren resistentes a sus efectos, la carrera de relevos la retomará una nueva especie humana, los llamados Ángeles, unos cinco mil jóvenes, hijos de las familias más ricas de todo el mundo, «resistentes a todas las enfermedades […con] cuerpos y mentes mejorados, sin las taras que la evolución se olvidó de pulir en el Homo sapiens. Somos Homo sapiens novus, una nueva especie» (Ibid, 208). Es precisamente este, a nuestro modo de ver, uno de los peligros de la polarización social extrema: que con el tiempo la distinta mentalidad de los multimillonarios, separados por completo de la «gente común», los convertirá en seres sustancialmente diferentes que empezarán a comportarse conforme a su nueva condición. Al fin y al cabo,

Vaquerizo ha dicho que se inspiró en una frase real de Warren Buffet: «Hay una guerra de clases, pero es mi clase, la de los ricos, la que está haciendo la guerra, y la estamos ganando». Según el autor, «esa frase es un muy buen resumen de *Nos mienten*» (Vaquerizo, 2015a).

4. UN MUNDO DONDE TODO SE VENDE

La novela de Nicolás Casariego, *Cazadores de luz*, finalista del premio Nadal de 2005, nos introduce en un mundo de un futuro no muy lejano en el que el capitalismo sin control ni regulación ha transformado la sociedad en un sistema basado exclusivamente en la venta de todo y de todos. Es una sociedad cuya jerarquización social es tan drástica que hasta los apellidos la reflejan: las personas cuyos apellidos empiezan por la A se consideran vencedoras, mientras que los pobres con apellidos que empiezan por la Z son despreciados como unos perdedores desesperados. El reparto no es definitivo: se puede ascender tanto en el escalafón social como en el orden alfabético del apellido, y viceversa, uno puede perder tanto sus créditos (un sustituto del dinero) como un apellido de prestigio. Cada individuo en la gran ciudad es, simultáneamente, vendedor y comprador. Todo es considerado una transacción comercial, incluso las relaciones personales. Todos buscan tener más crédito para poder ascender y medrar sin fin, en una espiral de derroche de consumo autorreferencial, voraz e ilimitado. Los pocos que se niegan a —o no pueden— participar en este círculo vicioso de vender y comprar viven en el campo, en unas condiciones tecnológicas mucho más precarias, llevando una existencia simple y primitiva. Es gente muy íntimamente relacionada con la naturaleza, que carece por completo de cualquier relevancia social o política.

El protagonista, Mallick, trabaja como ingeniero de ventas para su empresa, una megacorporación multinacional, y es muy bueno en lo que hace, al igual que en el arte de comportarse como un ser totalmente cínico que desconoce lo que significa tener remordimientos. ¿En qué consiste el trabajo de estos ingenieros de ventas?: «Mallick […] empezó promocionando libros —un auténtico desafío—, y ahora vende toda clase de productos y subproductos de la

Corporación Xen, principalmente los que no aparecen en ningún catálogo. Para que a la Corporación le interese la mediación del ingeniero basta con que reciba una comisión jugosa, y que no surja problema alguno. Ojos que no ven + crédito = corazón exultante» (CASARIEGO, 2005: 53). Su relación con los clientes que, con frecuencia, incluye el «mezclarse», es decir, tener sexo con ellos, es la siguiente: «¿Acaso usted odia a los clientes con los que se mezcla? / No, porque son blandos. Aunque tampoco les compadezco. A veces, cuando me hablan, no los escucho. Me limito a contar las palabras que me gritan o susurran, y a cada palabra le pongo un precio» (Ibid, 83). El placer se puede comprar fácilmente, existen cigarrillos de varios colores que funcionan como fuertes drogas, tan fuertes que a la larga incluso pueden cambiar el carácter del que los fuma: «Ten cuidado. Me han dicho que los rojos te hacen hablar demasiado, con los violetas obtienes placer con la violencia y con los amarillos te vuelves generoso» (Ibid, 99). En esta sociedad calculadora de mercaderes permanentes, el amor es algo que puede complicar la posición profesional y social, puesto que un enamorado vende menos y, por consiguiente, pierde estatus. Mortelli, uno de los colegas de Mallick y el número uno entre los ingenieros de ventas de la corporación, expresa su visión del amor del siguiente modo:

> «Para Mortelli, el amor es un accidente no deseable, porque sus efectos son impredecibles. […] Induce al enamorado a creer que todo es lícito para conservarlo, que tiene derecho a disfrutar por encima de otras consideraciones. Coloca una venda de luz sobre sus ojos. Le proporciona una ilusión, una verdad irrebatible, la única. La carne devora a la razón, y la razón se convierte en carne» (Ibid, 102).

La trama, una oscura y enrevesada lucha de competencia comercial entre las superempresas, aquí es más bien irrelevante. La novela de Casariego se centra en la atmósfera de degeneración en las relaciones de los habitantes de esta feria de las vanidades. Habitantes que parecen ciegos ante el sinsentido de una existencia carente del mínimo valor verdaderamente humano. Así es la preparación para el acto sexual en esta sociedad tecnológicamente avanzada: «Mallick saca de un bolsillo un minúsculo buscador de enfermedades, una cajita

transparente provista de una finísima aguja, que clava en su hombro. La caja se colorea de rojo: está limpio. Stork le ofrece su antebrazo desnudo, y Mallick, tras vaciar el rastreador, le pincha: ella también está limpia. Se besan y caen al suelo» (Ibid, 8). Y esta es la reacción de una mujer típica de aquellos tiempos ante la idea de tener un hijo: «¿Un hijo? ¿Desde cuándo? ¿Deseas tener una especie de bicho sin pelo y diminuto que no deja de llorar y no sabe vivir su vida?» (Ibid, 75). En el universo de Mallick no encontramos terror de masas al estilo orwelliano; la sociedad de los incansables vendedores y clientes es, más bien, una orgánica continuación del capitalismo neoliberal en su fase actual. Un mundo donde todo sin excepción se transforma en mercancía y el único sentido de la vida parece ser la acumulación de bienes materiales, del poder y de la superficial y veleidosa influencia social. El estilo del autor es distante, frío, seco, sin colores, suponemos que deliberadamente, ya que de las mismas características son las relaciones entre la gente que forma la sociedad que el autor nos presenta y que, a primera vista, está llena de colores y de olores, pero pronto nos daremos cuenta de que en realidad no es más que publicidad vacía. Es una sociedad de un gran volumen de aparente libertad individual, a la par que una sociedad muy triste, dado que sus miembros no le ven mucho sentido a su existencia. Enjaulados en un sinfín de imágenes virtuales, poseedores de una individualidad precaria y flotante, los individuos de este mundo desconocen verdaderas emociones, la amistad y el amor han sido reemplazados por sucedáneos de dudosa calidad.

CONCLUSIONES

Tras analizar varios títulos distópicos y (post)apocalípticos de la novela contemporánea española y centrándonos en el tema de los riesgos del llamado capitalismo tardío, hemos llegado a la conclusión de que en esta etapa histórica caracterizada por una velocidad vertiginosa de cambios sociales, económicos y políticos, quizá sea precisamente la novela distópica la herramienta idónea para reflexionar sobre los trascendentales peligros que acechan en un futuro no muy lejano y sobre cómo hacerles frente. Nos parece que la

sensibilidad de los autores de la llamada «literatura prospectiva» hacia posibles derivas catastróficas del desarrollo social actual puede resultar útil para pensar cómo evitar que un capitalismo descontrolado convierta el planeta en un lugar inhóspito para la humanidad. Hace un tiempo, solían buscarse lecciones de las que aprender en el pasado o, como máximo, en el presente, pero hoy en día es poco probable que las novelas históricas o actuales puedan ofrecer visiones suficientemente inspiradoras de lo que los efectos del cambio climático, los experimentos genéticos o el auge de la inteligencia artificial harán con la humanidad en unos pocos años, décadas a lo sumo. Mientras que antes la literatura orientada hacia la ciencia ficción solía tratar de un futuro a generaciones, si no siglos o milenios de distancia, hoy el ritmo es considerablemente más rápido. Basándonos en nuestras experiencias lectoras con este tipo de prosa, apoyamos plenamente la valoración de F. Martorell Campos, que insiste en que «la ciencia ficción en general y la distopía en particular son materiales analíticos muy potentes cuando de sondear la actualidad se trata» (MARTORELL CAMPOS, 2020: 27). En este sentido, la distopía contemporánea no debe entenderse únicamente como un ejercicio de imaginación literaria, sino como un instrumento crítico que ilumina las contradicciones del presente. Tal vez por eso muchas de estas narraciones resultan inquietantes: no porque describan mundos radicalmente distintos del nuestro, sino porque sugieren que el camino hacia ellos ya ha comenzado.

BIBLIOGRAFÍA

BAUMAN, Zygmunt (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós Ibérica.

CASARIEGO, Nicolás (2005). *Cazadores de luz*. Barcelona: Destino.

CLAEYS, Gregory (2017). *Dystopia: A Natural History. A Study of Modern Despotism, Its Antecedents, and Its Literary Diffractions*. Oxford: Oxford University Press.

DÍEZ COBO, Rosa María (2019). «La reescritura posmoderna de la distopía: El imperio de Yegorov de Manuel Moyano Ortega», en *Realidades fracturadas: estéticas de lo insólito en la narrativa en lengua española (1980-2018)*. Madrid: Visor Libros, pp. 159-172.

GARCÉS, Marina (2018). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.

JANOŠČÍK, Václav (2021). *Dystopický realismus: jak se učit skrze kapitalismus a temné budoucnosti: pop filozofie, pop teorie 1.2*. Praga: Akademie výtvarných umění.

LUNDWALL, Sam (1976). *Historia de la Ciencia Ficción*. Barcelona: Dronte.

MARTORELL CAMPOS, Francisco (2020). «Nueve tesis introductorias sobre la distopía», *Quaderns de filosofia*, (7/2), pp. 11-33.

MORENO, Fernando Ángel (2010). *Teoría de la literatura de ciencia ficción. Poética y retórica de lo prospectivo*. Vitoria: Portal.

PIKETTY, Thomas (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

SARDÁ, Juan (2012). *Taksim*. Madrid: Suma de Letras.

VAROUFAKIS, Yanis (2023). *Technofeudalism. What Killed Capitalism*. London: Vintage.

VAQUERIZO, Eduardo (2015a). Entrevista a Eduardo Vaquerizo, autor de «Nos mienten», *Todo Literatura; República Ibérica de las Letras*, entrevistado por Felipe Velasco, disponible en: https://www.todoliteratura.es/noticia/8723/entrevistas/entrevista-a-eduardo-vaquerizo-autor-de-nos-mienten.html [consultado 24/10/2023].

VAQUERIZO, Eduardo (2015b). *Nos mienten*. Barcelona: Fantascy.

VERDÚ, Vicente (2003). *El estilo del mundo la vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.

ZUBOFF, Shoshana (2020[2019]). *La era del capitalismo de la vigilancia : la lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona: Paidós.

Jiří Chalupa
Katedra romanistiky, Filozofická fakulta
Ostravská univerzita
Reální 5, 701 03, Ostrava
Jiri.Chalupa@osu.cz